

Prólogo

«No es el placer, ni la gloria, ni el poder:
la libertad, únicamente la libertad»
Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*

No es fácil narrar en pocas palabras el origen de esta empresa, encontrar lo que constituyó su raíz: no queda más que la impresión de encantamiento que ha dejado.

En una primera época, estuvo Tánger. Mi amigo André Heller, el artista multimedia austríaco, me había pedido que le encontrara una manera de ser presentado a Paul Bowles. Fue en mayo de 1997; queríamos grabar una conversación con este último para los canales de televisión internacionales.

Hay ciudades en las que uno nunca está por primera vez. Se recorren sus desconocidas calles y sin embargo se tiene la sensación de que nos saludan los recuerdos, de que nos llaman voces familiares.

Después de pasar varias horas discutiendo en el pequeño apartamento de Paul Bowles, que, tendido en su cama, vestido con una bata color camello, pronunciaba palabras luminosas, estuvimos deambulando, como si estuviésemos borrachos, por las calles nocturnas de Tánger. Dormimos un poco y reanudamos nuestras peregrinaciones al día siguiente.

Si merece mencionarse el papel de Tánger, es porque solamente el silencio y una interioridad soñadora, desprovista de los molestos accesorios de la técnica moderna, permitieron desplegar una visión vuelta hacia el porvenir, indispensable para la puesta en marcha de este proyecto.

Las ciudades, muchas veces, se parecen a los hombres: son tristes y viejas, jóvenes y sonrientes, amenazantes y delgadas, flexibles y extenuadas. Con frecuencia, le recuerdan al visitante un cuadro, un libro, una canción, un sueño; en los casos felices emanan una energía poética, las imágenes coloreadas de una prisa refrenada.

Estábamos todavía bajo la impresión de nuestra entrevista con Paul Bowles cuando una idea surgió como un relámpago: qué dicha sería disponer hoy de entrevistas de fondo con André Gide, Henry James, Marcel Proust, Walt Whitman, Ralph Waldo Emerson o Henry D. Thoreau, por no citar más que a unos cuantos. La ligereza del material y la precisión de las cámaras digitales permitirían hoy llevar a cabo un empeño de este género. Así nació la idea de una biblioteca cultural visual que registraría para la posteridad las palabras de los grandes espíritus de nuestra época en el umbral del tercer milenio.

Pero de momento nos hallábamos en Tánger, esa obra maestra que componen sus habitantes y su arte de vivir, esa manera perezosa, sensual, voluptuosa de gozar de la existencia, en armonía con la alegre vida que llevaba su juventud, con esa relajación y esa sensualidad furiosa que se ensanchan en la casba.

Cientos de barcos cubiertos de banderines recorrían el puerto, que parecía muy solitario cuando se dirigía la mirada hacia la ciudad. Los muros la cercaban como viejas cintas venidas del pasado, con la actitud majestuosa de un monje gigantesco, que inspira a la vez melancolía y un inmenso respeto, que expresa todo lo que esta ciudad pueda tener de mágico y de seductor. Un sentimiento de lo efímero asalta al individuo cuando siente la sombra de este prestigioso pasado.

Tánger da la impresión de que todo lo que posee un carácter maravilloso no sólo tiene raíces en lo eterno, sino que tam-

bién está vuelto hacia Dios y hacia los símbolos de la religión. Se diría que no puede alzarse ante la inquebrantable rigidez de Dios sin el ornamento lúdico de los minaretes y de las pequeñas torres coquetas y dentadas.

A cada instante, sombras humanas se cruzan y se saludan en voz baja en las estrechas callejuelas. A primera vista parecen mensajeras de la muerte, pero esas siluetas negras y discretas están en realidad vigilando las largas filas de niños que se les han confiado. Se distinguen también rostros apacibles, tranquilos, se perciben a la par la grandeza y la muerte que ronda y se agazapa en los rincones. Sin embargo, incluso en la pesada oscuridad de esta fe, tiembla una mística luz de color púrpura, reconocemos esta celebración ferviente de los grandes milagros que tan intensamente nos han iluminado e influido en las visiones que han dado vida a este proyecto.

Las personas expresan así la ardiente ternura de los rituales y la poesía de las cosas sagradas, que es la única que da peso al ardor pretendidamente ingenuo de la gente sencilla.

Y, por supuesto, el mar tan cercano que nos rodea, inmóvil como un estanque oscuro. En su orilla se yergue una torre redonda y tenebrosa como un guardián dormido. El cielo parece apoyarse en el agua negra de la noche y las nubes blancas la sobrevuelan como mensajeros del paraíso. Lo solemne aparece por doquier en este paisaje onírico donde belleza y tristeza son indisociables: el destello de los puñales a la luz de la luna, evocando tribunales secretos; las puertas escondidas y cargadas de herrajes en la vecina casba, serenatas aisladas cuya bella melancolía roza la perfección. Grandes zarzales proyectan sombras que parecen contemplar su imagen en el agua y meditar. El silencio es omnipresente, aquí reposa lo eternamente oscuro, aunque su espejo negro tiene también cautivo al cielo, lo trascendente, lo surreal, llevando a la ciudad la claridad de las estrellas entre bancos de nubes de reflejos tornasolados.

Pues todo, en esta ciudad de ensueño que tanto iba a influir en nuestro proyecto, atrae silenciosamente dentro de sus muros al espíritu del misticismo. La ciudad misma tiene ya algo

que parece escapar a la realidad, pero los hilos del destino –incluido el nuestro– parecen tejerse a su alrededor, enraizados en siglos lejanos. La gente está siempre buscando criptas frescas que permitan descansar. En los rincones oscuros de la casba, las gentes viven y, sin embargo, avanzan hacia lo incomprendible. Es raro que se experimente con tanta fuerza esa trasnochada sabiduría de los manuales escolares según la cual la muerte es forzosamente algo muy triste y la vida una violencia interminable que hasta a los recalcitrantes impulsa al amor.

Tánger, sus calles blancas, su caliza ardiente y centelleante, y, bajo la luz de la mañana, esa cinta de mar azul y fluida, los minaretes como cabezas engalanadas, a gran altura por encima de la ciudad baja, con sus galerías frescas y abovedadas y sus columnas, que imponen respeto.

La tarde apunta apenas en esa banda estrecha y fina donde el aire entra en contacto con el agua, un primer tinte de color, casi una intuición, un humo ansioso, pronto turbado de nuevo por el comienzo del oscurecimiento del cielo. En nuestra corta vida, el tiempo se nos antoja una larga espera.

Y de repente la mirada envuelve una silueta infinitamente tierna, pintada de colores brumosos, que se transparenta como un decorado lejano. Por doquier hay niños jugando. La juventud vive de la juventud; la vejez, del tiempo. Envejecemos frente a vagos ayer y vagos mañanas.

De repente –¿fue la maniobra de un navío o un rayo de sol poniente que prendió una llama?– brilla como un ópalo, de un blanco lechoso que resplandece con todos los colores de la tarde, una mancha luminosa sobre la curvatura azul del cielo, la ciudad luminosa. Tánger, un blanco vivo, una claridad monstruosa, como un diamante penetrado por el reflejo ardiente de los discos que devuelven en mil destellos los últimos rayos del sol.

El hombre parece girar, gira hasta detenerse en un punto en que, sin esperar nada, de todos modos espera.

A su alrededor, los colores se mezclan para formar tonalidades más oscuras, las colinas se ennegrecen, el mar vira al gris

crepuscular, el sol ardiente se torna rojo anaranjado y palidece hacia lo alto del cielo: el ambiente tiene por fin esa distancia y esa incertidumbre de la tarde que las palabras no siempre pueden explicar. El hombre parece experimentar algo de la nada, casi como si estuviera en presencia de Dios. ¡Cuántas vidas existen en una vida, para una sola vida! Una flor muere en la mano, haciendo nacer una estrella. Lo eterno es el resultado de la vida eterna.

De repente aparecen unos pequeños cafés. Nos instalamos en uno de ellos para hablar del proyecto que nos ha reunido. En segundo plano se oye a los artesanos tallando arabescos en las hojas, con un golpe sutil y argentado; la forja se encuentra en una esquina, a la luz vacilante. Esta vida extranjera, en estos sombríos laberintos, posee la atracción mística de lo inasequible, atenuada por la constante sensación de ser a la vez feliz y desgraciado. En nuestra breve existencia, la vida se resarce por un corto fin. En el último momento, toda nuestra vida no durará más que un instante.

Tánger conoce una forma específica de soledad: una soledad clara, casi luminosa, un poco despejada de la tristeza y de la legión de sombríos recuerdos que tanto gustan de frecuentar las residencias abandonadas de las ciudades muertas, como Brujas o Toledo. En Tánger percibimos la calma tranquila del sol, el silencio, el espacio vivido, uno se siente dominado por una animación secreta, un lenguaje incomprensible, más elocuente en sus gestos mudos que en la voz de la multitud. Las palabras parecen expresadas por las piedras, como si los muros fueran a seguir hablando durante toda la eternidad.

¿Por qué me parece necesario este breve panorama de Tánger? Porque allí nació nuestra extensa obra, mientras intentábamos encontrar el anillo encantado del recuerdo, la fórmula secreta que ofrece tales visiones. Éstas, sin embargo, parecían primero fuera de nuestro alcance, en las barcas aéreas de la imaginación, las que transportan los sueños, llevadas por una profunda curiosidad que, ignorando al principio todo, se hace contar todo. Eso es lo que queríamos hacer en este amplio

número de conversaciones con estos testigos legendarios que traían consigo los laureles de su propia leyenda. Íbamos en busca de lo eterno, del soplo animado del hombre, semejante al elemento imperecedero del agua que nos rodeaba en nuestros paseos cotidianos por Tánger: como una cortina levantándose sobre esta «comedia humana» que iba a reflejarse más tarde en el pensamiento múltiple de nuestros interlocutores.

Después de tomar la decisión de aventurarnos en esta «biblioteca visual e intercultural», ésta seguía estando fuera de nuestro alcance. Buscábamos la ribera desconocida donde la energía habría de manifestarse con toda su fuerza, el lugar donde libraríamos a las tradiciones intelectuales de sus suelas de plomo y que nos permitiera lanzar una verdadera mirada circular sobre un mundo curvado.

La «biblioteca intercultural» no podía sino esforzarse en alcanzar un cielo de conocimiento y de saber.

Lo que se pone en juego aquí siempre es la profundidad del pensamiento, pero también unos elementos apartados y marginales de la existencia y de la creación intelectual: sin todo lo anterior, la abstracción que el ser humano es permanece inexplicable, al igual que la fe en el progreso. Esto vale sobre todo para la *ratio* científica, que se debe abordar con los mayores escrúpulos y que no hay que confundir con la erudición científica. Este punto fue de gran importancia para la elección de los interlocutores. Las conversaciones llevan más lejos que las monografías, son la expresión de un proceso creativo. Cimentadas en la inteligencia intuitiva de la palabra hablada, no tienen la rigidez universitaria. En el mejor de los casos, revelan el secreto interior de un gran artista o pensador, tienen también un carácter espontáneo, proceden por asociaciones de ideas, penetran en los rincones del pensamiento como un prisma o una lupa.

Hemos elegido unos protagonistas que, cada uno en su esfera, han marcado profundamente el siglo pasado. Pero siempre hemos tenido la mirada vuelta hacia el siglo XXI. Tras sobrepasar los límites de cada disciplina, en los ámbitos del arte,

de la literatura, de las ciencias religiosas y culturales, de la antropología, de las ciencias de la naturaleza, de la música, debían llegar hasta los límites del saber. Teníamos que reunir a figuras del mundo intelectual que hubieran ejercido una gran influencia durante los decenios anteriores y siguieran haciéndolo. Estos hombres y estas mujeres tenían que seguir estando abiertos a las cuestiones esenciales de la civilización mundial, a las cuestiones fundamentales de la «situación intelectual» de su tiempo, por citar la expresión tan justa de Edmund Husserl. Las figuras de los fundadores del siglo XX debían tomar postura concreta sobre su obra, sobre los desafíos de la época presente y futura. Era preciso que las diferentes culturas del mundo estuvieran representadas, que apareciera el «multiversado», el «polílogo» de las culturas, característico de una civilización mundial del siglo XXI.

Sobre todas estas cuestiones era necesario también un compromiso: no parece que el cosmos constituya un orden *sui generis*. Falta la aportación del ser humano. Muchos de nuestros interlocutores habían llegado al término de su vida profesional y habían alcanzado una edad que predispone a la sabiduría y a la visión de conjunto. Teníamos siempre la misma sensación: ni siquiera la eternidad parece durar más que un instante. Basta un momento para que se extingan tanto cien años como una fracción de segundo. Luego, al volver a ver todas las conversaciones, dominaba una impresión: en ciertas personas, es la calma interior y la exterior las que parecen dirigirlo todo.

El monje se distingue en su soledad por su carácter sublime, el eremita del desierto conoce la grave majestad que le confiere un brillo desconocido, sabe que Dios está presente en las piedras y en las cavernas aisladas del mundo, en las altas y lejanas montañas, tal vez como sucedáneo de los placeres terrenales de la existencia. Está rodeado por un anillo de renunciación, típico del apóstol; de una energía, de una especie de oración que se asemeja siempre a una planta: a la idea de haber pedido demasiado poco a la vida y de verse rechazando hasta esas pocas cosas, en su búsqueda de un rayo de luz del

sol, de una razón avivada y que no destruye, de una facultad de vivir sus visiones, que son más que simples divertimentos; de una voluntad no extinguida, de una búsqueda de la felicidad que mece al ser humano como a un niño en las oscuras profundidades de una sensibilidad creativa.

Una noche, a una hora avanzada, de vuelta de una larga entrevista con Ernesto Sabato, un hombre casi ciego que vivía en el pobre arrabal de Santos Lugares, donde yo había encontrado su casita al abrigo de un haya, descubrí en la deteriorada estación de Buenos Aires una inscripción descolorida, trazada con tiza y apenas legible, en una pared desmoronada. Hacía sin duda alusión a Jorge Luis Borges y a su biblioteca de Babel. Querría dedicársela a este proyecto, que me ha tenido cautivo durante tantos años: «La humanidad ya no sabe adónde va porque ya no espera a nadie, ni siquiera a Dios».

Estas palabras tal vez encierren una pequeña verdad: al hombre le gustaría ser Dios... pero sin su cruz.

Constantin von Barloewen